

Santander, a 3 de julio de 1976.

Allí estaba como casi todos los días, pegado al periódico como si se tratara de un parapeto contra la vergüenza ajena. Aquel tipo era Juan Mayo, comisario jefe de la Policía de Santander, una ciudad pequeña y burguesa del norte de España. Al fondo de la Cafetería California, sentado en su mesa de siempre, auscultaba el timorato latido del lugar mientras leía una prensa que detestaba.

—Únicamente se puede hacer caso de la fecha y de las esquelas. No se encuentra una sola verdad más.

A pesar de su juventud —no hacía mucho que había cumplido cuarenta y un años—, Mayo era un hombre descreído que destilaba escepticismo por cada poro de su piel. No obstante, estaba impregnado del espíritu de los sesenta y poseía aún, aunque nunca lo reconociera, un fondo de idealismo tan recóndito como indestructible. A estas alturas, y pese a ser un hombre de firmes convicciones, decía no creer en nada y en casi nadie; no en vano su trabajo le había hecho un ser desencantado y un tanto arisco, sobre todo con sus subordinados, una pandilla de pelotas babeantes y serviles. No era de extrañar puesto que aquellos imbéciles eran herederos de unos tiempos en los que su mayor logro policial era dar hostias a cuatro invertidos y a tres borrachos en los calabozos de

la oficina, como eufemísticamente denominaban a su particular cuarto de torturas. Desde luego, al comisario le sobraban las razones para no tenerles consideración alguna y para no fiarse de ellos ni un pelo.

Ahora bien, Juan Mayo ni era así siempre, ni lo era con todo el mundo, sino solamente con quien creía que se lo merecía y se lo ganaba a pulso con sus obras.

«A los hombres no hay que juzgarles por lo que dicen, sino por lo que hacen», se repetía cada vez que le hacían la rosca.

Cuando alguien conquistaba su interior, daba su vida por él; de hecho siempre se decía que preferiría dejarse sacar una muela sin anestesia, antes que traicionar o sencillamente disgustar a un amigo. Así era Juan Mayo, un hombre que avanzaba por la vida en una lucha constante con sus contradicciones.

En el trabajo sólo un chaval con una gran fe en su profesión y una ingenuidad reconfortante, casi un recién llegado, se había ganado su confianza. Y eso no era nada fácil para una persona que como Juan, ya había decidido cerrar el cupo de nuevos afectos alegando falta de tiempo, aunque la verdadera razón para su cerrazón sentimental era que le daba una gran pereza ponerse a intimar con gente que acababa de conocer.

«Manías de la edad», se decía.

Cada vez que alguien se ganaba su corazón y se decidía a hacer el esfuerzo de dejar traspasar su cordón preventivo de familiaridad, siempre pensaba lo mismo: «Con éste cierro el cupo de amistades íntimas... No doy para más».

Pero lo cierto es que de tarde en tarde siempre hacía sitio para otra.

Pedro Castro, el joven inspector, llegó sin hacerse notar, pero con su inteligencia y honestidad pronto levantó la envidia de la vieja guardia, casi tanto como la atención de su jefe, y la verdad es que no le costó mucho hacerse un hueco en el

núcleo afectivo de Juan Mayo, que más pronto que tarde le hizo también un sitio en su mesa durante las reuniones y comidas familiares. Para el comisario, la llegada de Pedro supuso una bocanada de aire fresco, y quizás la secreta esperanza de que todo pudiera empezar a cambiar un poco, de que las nuevas generaciones de policías vinieran menos adoctrinadas políticamente y con mayor vocación ciudadana. Así era Juan Mayo, siempre con ese fondo de idealismo del que no hacía más que renegar.

Según apareció Pedro Castro por la comisaría de la Plaza Porticada, Pepe, más conocido por *el Alicates*, jefecillo de aquella banda de indeseables, intentó compadrear con él e integrarle en el grupo de tunantes que encabezaba. En seguida quiso hacer del novato un cabrón más; eso era lo que se entendía entonces por compañerismo: hacer del nuevo uno más en sus correrías y desmanes. Nada más llegar el joven inspector a la oficina, lo primero que le preparó el bueno de Pepe, con los otros tres inspectores de la brigada, fue un gran recibimiento; es decir, una noche de borrachera y putas, tal como se acostumbraba. Por supuesto, gratis total. Para eso estos guardianes del orden y de las buenas costumbres sabían repartir miedo y temor sordo allá por donde pasaban y alternaban.

— Todo esto a cañón, chaval — repetía el muy cabrón, local tras local, sin que nadie le replicase y entre el jolgorio de sus compañeros.

Eso era lo que tanto Pepe, *el Alicates*, como sus tres compinches, entendían por compañerismo. Divertirse a costa de joder al prójimo.

Ni que decir tiene que Pedro Castro, por educación, aguantó hasta la cuarta copa de coñac, hasta el cuarto Sobe-rano que por no desentonar hubo de tomar a regañadientes. Después de inflamarse de mala hostia contenida y con un

gran ejercicio de autocontrol, se deshizo de toda esa panda de degenerados y se marchó a casa con media melopea, pues no estaba acostumbrado ni a beber tanto, ni tan rápido, y menos aquellas copazas que tan generosamente se veían obligados a llenar los infelices camareros.

Tras la noche de marras, Pedro se retiró aún con lucidez, pero con la amargura del que ve a ciencia cierta lo ardua y difícil que iba a ser su tarea, lo complicado que se lo iban a poner desde dentro sus propios compañeros. Se fue con la desilusión de un novato contrariado y con la rabia impotente del que no encuentra solución alguna a sus decepciones. Aún no sabía que en Juan Mayo encontraría, además de a un jefe exigente, a un policía limpio y con ganas de hacer que las cosas funcionaran y cambiaran, pero por encima de todo en Juan Mayo encontraría a un gran amigo.

Entre aquel páramo desolado y calcinado por las retrógradas ideas de sus habitantes, el comisario al fin había encontrado a alguien capaz de redimirle de la desesperación y del olor a carne quemada que invadía aquella comisaría provinciana. Fue como un soplo de aire renovador y no tardó en darse cuenta de que ya tenía con quien compartir y en quien delegar de cuando en cuando sin miedo a que hubiera ningún estropicio —en forma de huesos rotos— a su regreso. Además, Pedro Castro y él tampoco tardaron en encontrarse como seres humanos y como amigos. A pesar de la diferencia de edad, les unía un halo invisible de complicidad y de esperanza en el futuro, una sensación que en aquellos meses empezaban a tener muchos españoles. Un nuevo tiempo parecía abrirse camino entre los restos, aún muy numerosos, del naufragio de la dictadura.

Desde su mesa de la Cafetería California, Juan Mayo observaba, por encima del periódico, a un chiquillo devorar su sándwich mixto como si se tratara de un alimento propio de

los dioses del Olimpo. Un vendaje en la muñeca delataba que su madre, tras la visita al traumatólogo, le había recompensado con aquel manjar. Así era Santander y así la vida de sus gentes, monótona y apacible. Nunca pasaba nada y las pocas veces que había pasado algo, la peste y el fuego la habían prácticamente borrado del mapa.

Juan Mayo se disponía a dar su último sorbo al café cuando una joven rubia, con la melena recogida y unos cuantos mechones cayéndole sobre la cara, interrumpió el ademán, posponiendo su ración de cafeína para dentro de un rato.

—¿Qué pasa comisario? No me diga que ha estado de juerga y anda con resaca —le espetó burlona, pero amigablemente.

—¿Te apetece un café? —le respondió, como si no se hubiese enterado de su ironía.

El comisario sabía que no había en este mundo nada más útil que una sordera bien administrada y él, perro viejo, utilizaba constantemente ese resabio; no en vano le había liberado de estupideces absurdas y discusiones varias. Desde el primer momento supo que si Ana se había decidido a entrar era porque le había visto y porque seguramente no le venía mal algo caliente para empezar la mañana. Ella jamás se hubiera atrevido a traspasar los límites del umbral de la puerta del garito, pues sabía que Antonio, el camarero, no hubiera tardado en echarla sin ningún miramiento.

«Aquí no se admite cochambre», repetía cada vez que arrojaba a alguno de los que consideraba basura a la calle.

Ana era una muchacha muy guapa, con la dulzura a flor de piel, pero con la marca de la carretera, sin manta, asomando por una mirada perdida y vaga. La droga más que la vida la había llevado, en sus horas más bajas, a patear la noche y a hacer guardia en las esquinas buscando cómo ganarse unos